

El progreso personal del adolescente en los campamentos

El autor reflexiona en torno a la intervención educativa como marco del crecimiento personal, las expectativas que los campamentos generan en la juventud y las realidades que se derivan, haciendo especial hincapié en la figura del monitor, el/la joven que con su apoyo posibilita el progreso personal de otros jóvenes. También valora las estrategias de la pedagogía del proyecto y acaba analizando los recursos que la educación no formal comparte con la educación formal.

Palabras Clave: interacción, progreso personal, intervención educativa, expectativas, convivencia interesada

Un mundo en transformación

La juventud cambia, evoluciona. Me repito esta máxima permanentemente, no vaya a ser que se me olvide. Vivimos en un mundo sujeto a cambios permanentes: varían las ideas, se transforman los comportamientos, las costumbres cambian, las estructuras socioeconómicas se reforman y la tecnología no nos da tiempo a sobreponernos de la última sorpresa, y ya nos sacude con otra novedad revolucionaria. Las condiciones de vida del género humano no cesan de variar. La juventud, evidentemente, no puede mantenerse al margen de esas continuas variaciones.

La juventud cambia. Me lo repito una y otra vez. Y a veces se me olvida, porque es que cambia todo. Yo también. Pero el día a día en la práctica educativa me conduce inevitablemente a los mismos principios que me motivaron desde que yo era uno de ellos: la intervención educativa con los/as jóvenes se fundamenta en la interacción. Esta es una ley que, a mí entender, es universal. Y parece que no cambia.

El mundo de la juventud está cargado de tópicos seculares a los que no puedes mantenerte ajeno. Periodistas, padres, educadores, los mismos jóvenes no cesan de repetir consideraciones en torno a la crisis que vive la juventud actual, el aumento de la conflictividad... y a veces resulta difícil sustraerse a tanto pesimismo social. No es la juventud lo que está en crisis sino la sociedad. Los problemas vienen provocados por el mismo contexto social, que no ofrece respuestas claras y satisfactorias a las circunstancias que los crean. La juventud siempre ha estado en crisis, porque es crisis, es inestabilidad, es vivir el día a día, la provisionalidad, la contradicción. Es cierto que nuestro entorno social ha traído nuevas circunstancias, pero creo que sólo son nuevas formas de presentarse problemas ya clásicos. El individualismo no es un problema nuevo, ni la competitividad. Si hay algo realmente nuevo es la sociedad de la información y de la comunicación, y ésta no crea verdaderos problemas, sino que nos abre una ventana inmensa para ensanchar nuestros horizontes de forma fácil y económica. Yo suelo responder a este pesimismo

imperante con un discurso contrario. Nunca antes había habido tantos jóvenes participando a través de asociaciones, nunca antes había habido tantos voluntarios/as en las ONG, nunca antes tantos jóvenes habían sacrificado gran parte de su tiempo libre para encontrarse con otros jóvenes y organizarse en clubes deportivos, asociaciones culturales, grupos creativos, campamentos... En definitiva, exista o no la famosa crisis, el grado de implicación nunca había sido tan alto. Mi objetivo, ahora, es reflexionar sobre éstos últimos, los jóvenes que participan en los campamentos.

¿Cómo es la juventud que participa en campamentos?

Una de las aportaciones de la sociedad postmoderna ha sido la industrialización del tiempo libre. Ese espacio que puede convertirse en puro ocio y en un negocio terriblemente lucrativo es también el marco de lo que la UNESCO llamó educación no formal. Un territorio donde siempre se han movido con soltura las personas que fácilmente se animan a participar en proyectos educativos. Antes era un territorio reservado para esos individuos que, voluntariamente, sacrificaban parte de sus vacaciones para ofrecer una posibilidad de desarrollo a los/as jóvenes que quisieran disfrutarlo. El objetivo primordial era crear ese escenario donde los individuos encuentran oportunidades de progreso personal y de auto educación. Los años ochenta aportaron la mercantilización de ese espacio. Se crearon muchas empresas, algunas serias y competitivas, con ideas frescas y objetivos realmente educativos, pero la mayoría tan sólo pretendían ocupar el tiempo con actividades de las que muchas veces no se desprendía ningún contenido formativo pero sí beneficios sustanciosos. Las circunstancias me han llevado a participar y dirigir campamentos de todo tipo. A mi entender, si abordamos las distintas formas de asumir la organización y programación de un campamento, llegaríamos a la conclusión de que existen en la actualidad tres modelos básicos de campamento que conviven en el ámbito del tiempo libre juvenil.

1. Campamento comercial

Se trata de una tipología creada recientemente. No tendrá más de dos décadas de vida, pero ya ocupa un buen lugar en cuanto al ranking de participantes. Es una oferta elaborada por una entidad o empresa cuyo fin último es producir beneficios. Como es lógico, el fin es lícito, pero la forma de llegar a él puede entenderse de maneras diversas. Algunas empresas explotadoras de instalaciones contratan la planificación pedagógica a entidades pedagógicas o grupos de monitores. Queda en manos de esa entidad contratada la calidad del servicio, aunque las limitaciones de presupuesto son la coartada que la condicionan. Nadie duda de la buena voluntad de los equipos que quieren realizar su tarea de la forma más profesional posible, pero generalmente es la empresa la que marca el carácter. Suelen asistir jóvenes que acceden a través de la publicidad directa o indirecta, y algunos comerciales que venden directamente el campamento disfrutan de suculentas comisiones. Acostumbran a ofrecer actividades estrella y rellenan el resto del tiempo con actividades baratas y poco ambiciosas. Muy a menudo se abusa del balón (¿Hay algo más barato?). Ocasionalmente la calidad de las actividades puede verse limitada porque se subcontratan a empresas cuyo interés es económico y no pedagógico, y los monitores responsables de esas actividades corren el peligro de estar más pendientes del reloj que de los asistentes al campamento. Para algunas de esas empresas lo más importante es que

pasen 50 jóvenes por hora por el rocódromo, no que aprendan a escalar. En una ocasión un monitor que controlaba el freno de un puente tirolés abandonó su puesto a las seis en punto. Debía cumplir su horario. Faltaban sólo tres chicos por bajar.

Otras empresas se plantean muy seriamente la calidad de su oferta. Eligen bien al equipo responsable y se preocupan por la eficacia de las actividades. Pero generalmente el precio es bastante alto, muy poco asequible para la mayoría. Las instalaciones pueden variar desde cabañas hasta hoteles, pero siempre con servicios amplios y comodidades, como lavandería. Algunos campamentos gozan de subvención. Hay colegios privados que organizan sus turnos de campamentos.

2. Campamento abierto

Una institución o una entidad sin ánimo de lucro son los titulares de este tipo de campamento. La preocupación y el interés por la calidad formativa de la oferta es muy superior al tipo anterior, así como la profesionalidad con que se asumen los objetivos pedagógicos. Dado que todo gira alrededor de la satisfacción del participante, las actividades se programan con responsabilidad y seriedad. La mayoría de estos campamentos entienden que su objetivo fundamental es potenciar la formación del individuo, y plantean la estancia como un proceso de enriquecimiento y progreso. Muchos de los monitores son personas motivadas que provienen de la propia estructura del campamento; es decir: que han avanzado desde la condición de participante a la de responsable. Algunos de ellos son voluntarios y no reciben sueldo alguno, aunque sí un buen bagaje de experiencias y mucha práctica. Otros miembros del equipo son profesionales o se dedican a la educación en el tiempo libre a tiempo parcial. Las instituciones subvencionan muchos de estos campamentos, mediante convenios o aportación directa. La gran intensidad de las vivencias suele motivar a algunos asistentes a repetir año tras año y a incorporarse a la estructura cuando la edad lo permite. Las instalaciones acostumbra a ser fijas y básicamente cabañas de madera o tiendas sofisticadas, con literas, armarios, etc. Pueden asistir jóvenes de procedencias distintas, que se inscriben en la propia entidad o a través de las instituciones que los apoyan.

3. Campamento como objetivo final

Es el origen de los campamentos. Se inspira en las prácticas de Baden Powell, que impulsó la educación al aire libre de los muchachos y de las chicas a principios del siglo XX. Su método, el esculatismo, *scouting* en inglés, se sigue en todo el mundo. El campamento se entiende como la fase final en el proceso educativo del joven, que se realiza durante todo el año. Rara vez se acampa en instalaciones fijas, sino que se civilizan terrenos libres. Siempre plantan tiendas. Le dan mucha importancia al proceso de aprendizaje técnico y al juego institucional, que sirve en definitiva para formar individuos independientes y dispuestos al liderazgo. La mayoría de grupos que siguen esta metodología abandonaron hace años el carácter y la liturgia militares de los principios. En España se practica mayoritariamente un esculatismo moderno y abierto, pero el compromiso que exige a sus afiliados es algo rígido y está suavizando sus formas para adaptarse a la sociedad del siglo XXI. Tanto la metodología como los campamentos marcan una huella tan profunda entre sus practicantes que sus equipos pedagógicos se nutren casi exclusiva-

mente de jóvenes que proceden de sus filas. Generalmente participan en los campamentos de verano tan sólo los miembros de los grupos constituidos, aunque no se descarta realizar turnos paralelos con participantes ajenos a la organización. Gozan de convenios con las instituciones y acostumbran a tener peso en los Consejos de Juventud porque están muy organizados.

Existen, evidentemente, otros modelos, seguramente híbridos entre los tres anteriores. Categorizar significa habitualmente simplificar.

El grado de implicación de los y las jóvenes que participan en el proceso de realización de los campamentos y las vivencias que de ellos se derivan depende, como es lógico, de la profundidad de su planteamiento.

La mayoría de participantes en el campamento comercial son jóvenes no encuadrados en ninguna asociación juvenil, de padres comprometidos profesionalmente, sin tiempo de dedicación fuera de las vacaciones. Para algunos es una forma saludable y práctica de “aparcar” a su hijo/a durante un tiempo para que esté controlado y no se desvíe del camino. Cabe decir que también asisten jóvenes que han efectuado conscientemente su elección e hijos/as de padres comprometidos en darles una educación completa que piensan que a más coste, mejor servicio.

Al campamento abierto asisten también algunos jóvenes “aparcados/as”, que a pesar de no estar muy motivados/as acaban integrándose bien en la estructura campamental. La mayoría, sin embargo, son jóvenes activos que buscan un espacio de convivencia y aventura que sólo allí pueden encontrar. Muchos/as son asistentes fijos/as, fieles incondicionales que muy probablemente se incorporarán al equipo.

El campamento cerrado se reserva para los afiliados/as que han completado el curso, jóvenes perfectamente motivados/as y concienciados/as de su responsabilidad.

¿Qué busca la juventud en los campamentos?

Las necesidades son una forma primaria de motivación. Nuestra conducta tiene como finalidad la satisfacción de necesidades. Cuando hemos satisfecho esas necesidades, dejan de ser elementos de motivación. Entonces el ciclo se regenera y desarrollamos espontáneamente otras necesidades que nos disponemos a satisfacer. A medida que desplegamos este proceso nos desarrollamos como personas.

Cada persona realiza el proceso en forma y ritmo diferentes. Las motivaciones de un individuo pueden diferir enormemente de las de otro, pero el interés y el deseo de satisfacción no varían.

Ante la idea de asistir a un campamento, como ante cualquier otra oferta opcional, las personas encaramos las perspectivas con multitud de planteamientos distintos. No sería muy atrevido afirmar que hay tantas maneras de asumir las expectativas que se abren ante un joven que se prepara para el viaje como personas que se lo plantean.

Cada uno/a tiene sus intereses, mayoritariamente conjugables con los de los demás jóvenes, y el campamento dispone de herramientas suficientemente persuasivas como para no defraudar a -casi- nadie.

Entre todas las expectativas que se abren ante sus ojos, yo destacaría:

Diversión

La mayoría de los y las jóvenes a los que he preguntado por sus preferencias han marcado ésta como la más importante. Casi todo el mundo procura ocupar su tiempo libre con actividades que resulten entretenidas, recreativas, pero ante todo, divertidas. Naturalmente, buscar diversión no significa negarse a planteamientos serios ni eludir responsabilidades, pero el buen humor, y el aire festivo deben presidir el tono general de las actividades que llenan nuestras horas de vacaciones. Cabe destacar que uso el término diversión en un sentido muy amplio, procurando alejarme de las connotaciones que los adultos solemos atribuir al concepto. Debemos recordar que los y las jóvenes confiesan que se divierten, incluso, pasando largos ratos de inactividad junto a los compañeros/as, charlando simplemente con un amigo/a, compartiendo ratos y temas con otros jóvenes sentados en el respaldo de un banco de un parque o plaza.

Acción

Es decir: movimiento. Incluso las personas más vivencialmente intelectivas necesitan sus recesos. Lo más común es que las actividades programadas en un campamento tiendan a motivar o promover la acción. Los juegos, las rutas, los talleres, procuran que la mente y el cuerpo estén permanentemente ocupados, y por lo tanto resulta natural que después de unos momentos de relajación se desarrollen actividades que potencien el movimiento, el ejercicio, la actividad física, la concentración.

Aprendizaje

Muchos adultos opinan que los/as jóvenes de hoy no manifiestan curiosidad. Yo diría que tienen curiosidad, pero que sin embargo se centra en otros intereses. Descubrir el mundo que les rodea sigue siendo una actividad preferente entre los/as jóvenes, pero siempre orientado hacia su particular manera de ver y comprender el entorno, al mismo tiempo que se plantea de forma libre y alejada de cualquier imposición. Durante un campamento internacional en Italia visitamos Ravenna y en especial la tumba de Gala Placidia. Algunos de los jóvenes asistentes se habían preparado una breve exposición para motivar la curiosidad de sus compañeros/as, pero vieron -vimos- frustrados nuestros propósitos. Su curiosidad por el mérito y la perfección en la colocación de los mosaicos que cubren las bóvedas del mausoleo fue casi nula, y los responsables manifestamos nuestra sorpresa porque considerábamos que el grupo era bastante permeable a la apreciación del arte y la cultura. Sin embargo, fuera ya del recinto artístico, sin que nadie decidiera provocar una parada intencionada, nos encontramos observando atentamente cómo un grupo de obreros colocaba con paciencia y profesionalidad el pavimento en las calles. Se trataba de las típicas pequeñas piedras en forma de media luna que cubren centenares de calles y plazas en media Europa. Nuestros chicos y chicas contemplaban extasiados cómo los trabajadores construían el pavimento casi con el tacto, agarrando una piedra con la mano izquierda, midiéndola y calculando su tamaño sin mirarla mientras con la mano derecha se procedía a implantar una piedra en su sitio mediante pequeños golpes con un martillo. En aquella situación la curiosidad brotó espontáneamente; antes no habíamos podido cautivarla. Estoy convencido que si hubiéramos realizado la visita al recinto histórico después de haber observado el trabajo complejo y eficien-

te de los pavimentadores se hubiera producido una respuesta mucho más motivada.

Los/as jóvenes tienden al aprendizaje de técnicas y conceptos nuevos. Buscan constantemente, experimentan, innovan, replantean sus ideas. Por ello los programas de los campamentos suelen ofrecer elementos apasionantes que favorecen el aprendizaje artístico, musical, artesanal, etc., y habitualmente las actividades que giran en torno a ese eje suelen obtener triunfos importantes.

Convivencia

La convivencia en grupos de características parecidas es una tendencia natural de los seres vivos, pero en los/as jóvenes está quizá, algo acentuada. Creo que ante estas circunstancias no son demasiado reflexivos, y cualquier intento de profundizar demasiado en objetivos o estrategias por parte de los educadores suele terminar chocando con la realidad. Los/as jóvenes se juntan según los aspectos más imprevisibles: una mirada, un olor, una palabra escuchada en un momento determinado, una prenda o un estilo de ropa, cualquier excusa es válida para establecer un contacto y comenzar una relación interpersonal. Un campamento cuenta con numerosas actividades que tienen por objetivo potenciar el sentido de grupo, la conciencia de colectivo movido por unos intereses parecidos, pero también ofrece muchas posibilidades para el intercambio de vivencias no mediatizadas, espontáneas, que habitualmente son igualmente enriquecedoras. Un campamento debe contar con ratos de libertad que permitan que los/as participantes se agrupen a su manera y nazcan posibilidades de profundizar en el conocimiento del otro y la distribución del tejido social. Los/as jóvenes lo saben, y solicitan informaciones de esta índole, como la cantidad de personas de su edad, su procedencia geográfica, su sexo... La preocupación por conocer el ámbito de relación que se producirá en el campamento delata un interés por asumir un rol, dentro de un grupo, por desarrollar el sentido de pertenencia.

Respeto

Si no es que se trata de un grupo de jóvenes que decide inscribirse en bloque a una actividad campamental, que presenta otras coordenadas, el y la joven espera que su integración en el escenario donde se desarrolla la actividad se basará en el respeto. El y la joven tiende a evitar el conflicto, por lo que intentará aportar al grupo dentro de su personalidad pero sin alterar sus principios. El candidato/a a asistente es a veces receloso cuando descubre grados de competitividad que dificultan la integración. Los grupos cerrados, o casi cerrados, los grupos de jóvenes que asisten juntos a un mismo campamento desde hace años, suelen ser temidos por los recién llegados, porque demandan mucho más esfuerzo de adaptación ya que tienen constituida una dinámica interna difícil de romper. El y la joven velan por su seguridad, y por ello agradecen que el marco en el cual van a integrarse sea abierto, considerado y cordial.

Alternativas

Asistir a un campamento es también una forma de romper con la rutina. Por ello un aspirante confía que participar sea una forma de practicar deportes distintos a los habituales, realizar actividades que rompan con lo que gene-

ralmente se le ofrece a través de las entidades que a ello se dedican. Sin duda existen ofertas que carecen de ideas innovadoras y ofrecen en su programa un exceso de balón y piscina. Esta pobreza de alternativas es detectada con facilidad por el joven y acostumbra a provocar descontentos. En el Pirineo, donde la densidad de actividades provoca coincidencias en el tiempo y el espacio de campamentos de titularidad y enfoques distintos, se dan casos de transfuguismo difíciles de remediar: algunos/as jóvenes, atraídos/as por la variedad y característica alternativa de las actividades del campamento vecino, abandonan disimuladamente el grupo propio para integrarse de forma camuflada en el campamento contiguo, hecho que provoca a veces malestar entre los dos equipos de responsables. Los horizontes, por tanto, deben ser cuanto más anchos, mejor, y las posibilidades de contrastar los automatismos, los hábitos, las experiencias que pueden llegar a resultar tediosas deben ofrecerse como un objetivo inmediato.

Utilidad

El sentido práctico que parece presidir la mayoría de las acciones de los/as jóvenes se manifiesta también en relación a los campamentos de verano. Por lo que parece, esa esperanza de utilidad de las actividades que se van a realizar es algo instintivo, ligado según mi opinión más a la diversión y al aprendizaje que a otros aspectos más sociales de las estancias veraniegas. No le niego utilidad a la convivencia, por supuesto, simplemente constato que los y las jóvenes perciben la relación con sus congéneres como algo natural que nada tiene que ver con la utilidad, sino que más bien piensan que lo más provechoso es lo que se desprende de una técnica aprendida o de un momento cargado de simbología, algo más palpable y evaluable, en definitiva.

Posibilidad de aportar

Un campamento es también una oportunidad para contrastar el yo de ese ser en crecimiento y continua experimentación que es el joven, con los otros yo que se encuentran en su área de influencia. Es un buen marco de afirmación personal, un ámbito ideal para aportaciones espontáneas pero también enriquecedoras. Creo que a estas ganas de merecer consideración se debe la facilidad con que los jóvenes participantes en nuestras actividades se brindan para colaborar en la organización, para participar en las decisiones, para asumir responsabilidades que, en principio, suelen depositarse sobre miembros del equipo dirigente. Los/as educadores/as sabemos bien cuán importante es contar con esas aportaciones voluntarias y desinteresadas y la capacidad educativa de primera mano que nos brindan. Nadie debe abandonar su puesto y los equipos de responsables no deben renunciar a sus compromisos, pero tampoco debemos olvidar que sólo se puede aprender a ser responsable si uno/a puede asumir responsabilidades.

Formar parte de un grupo donde desarrollar su seguridad

Relacionado con todo lo anterior, el grupo es el marco que permite afrontar los retos y desenvolver un determinado protagonismo pero al mismo tiempo es la masa donde uno puede esconderse, es el ámbito que da entidad a los individuos que lo forman porque es una suma de identidades. El grupo es el sitio donde nacen y se refuerzan los liderazgos pero también el lugar donde se manifiesta con más claridad la uniformidad de la masa. Esta característica poliédrica del grupo permite que cada cuál encuentre respuestas a sus nece-

sidades particulares y la mayoría se sienta cómoda y satisfecha. Naturalmente, el grupo no es un ente cerrado y estático, sino que, como el joven, se encuentra en evolución constante, progresa y retrocede, pero generalmente ofrece atractivos para todas las sensibilidades.

Intimidad

Hasta ahora he procurado no plasmar de forma prosaica las opiniones que he recogido durante los años que he estado al frente de campamentos de toda índole. Seguramente el lector habrá echado de menos una de las motivaciones más claras que los/as jóvenes manifiestan abiertamente cuando son preguntados/as en relación a sus expectativas de cara a un campamento. Muchos jóvenes afirman que un campamento es un buen sitio donde ligar, y así esperan que sea la propuesta que tienen ante sí. Pero la mayor parte de las veces que la conversación deriva hacia estas ideas, terminan por reconocer que lo que en realidad buscan no es otra cosa que un campo abierto de convivencia que pueda llegar a tener carga sexual. Dicho de otra forma: lo importante es que el grupo sea heterogéneo y lo suficientemente numeroso para que se puedan obtener compensaciones respecto a la afectividad, la intimidad o el sexo. Preguntados abiertamente, los interesados suelen responder que aunque les encantaría encontrar pareja, no desean alejarse del grupo. La realidad suele ser otra, pero eso es una cuestión distinta.

Hasta aquí las expectativas. Pero, una vez dentro de ese torbellino cautivador que es un campamento, e incluso finalizado éste, ha llegado la hora de las constataciones.

¿Qué encuentran los jóvenes en los campamentos?

El campamento es el escenario de una serie de descubrimientos que se enlazan: los demás, uno mismo, los jóvenes adultos (es decir, los monitores), el sentido de grupo, la responsabilidad, la renuncia... Las expectativas disminuyen o se multiplican, según las realidades, pero la estancia genera un poso que, si nos encontramos ante una actividad sólida y bien regida, pasa a ser fundamental en la formación del individuo. En sus valoraciones, los jóvenes suelen destacar lo siguiente:

La acción

Arriba. Abajo. No parar. Tener muy poco tiempo para uno mismo. Mucha actividad física. Bastante actividad intelectual. Las canciones, el teatro, los servicios a la comunidad. No parar. Falta de tiempo libre. Y la noche. Esa magia que desprende, que nos empuja a las más íntimas confesiones, a entregar algo que guardábamos celosamente para nosotros mismos... Creo que la tónica general es que los campamentos actuales están repletos de acción. En ese sentido, los educadores comentamos que un objetivo implícito es que los/as jóvenes lleguen derrotados/as a la noche. Pero me parece que esto es más una leyenda que una realidad objetivable. Desde luego, no hay nadie tan insensato como para programar actividad tras actividad sin dejar ratos para el descanso y la convivencia no mediatizada. Se percibe que tras la concepción de la actividad los equipos de responsables incluimos también esos ratos, esos momentos que pueden tomarse como un respiro pero que no son un descanso, porque son muy importantes para el ritmo del campamento y la consecución de los objetivos finales. Concretando: como

director de campamentos, pocas veces me he encontrado con un monitor/a que, llegada la hora de la piscina, se siente en un rincón a tomar el sol y abandone el grupo, desperdiciando unos momentos que son básicos para que se estrechen lazos y se establezcan relaciones espontáneas. Esas pocas veces he intentado reconducir la tarea pedagógica, pero hay que constatar que si un monitor/a no entiende algo tan básico difícilmente llegará a ser un buen educador.

Progreso

Generalmente, los/as jóvenes quieren expresar que han avanzado, que han progresado, que han evolucionado, pero no saben con qué palabras definir lo que les ha sucedido. Han experimentado una variación en su forma de ver el mundo, de asumir sus responsabilidades, de relacionarse con los demás, pero les faltan –como es lógico–, elementos de juicio para realizar un análisis más profundo. Por ello he decidido que el progreso personal ocupe el segundo plano en cuanto a los logros o consecuciones de un campamento. Se trata de un enriquecimiento global que en campamentos de gran profundidad pedagógica es fácilmente evaluable por parte del equipo dirigente, pero que en campamentos más “suelos” resulta algo complicado de sistematizar. De hecho, los epígrafes que vienen a continuación lo desarrollan convenientemente, pero me parece que se podría sintetizar definiéndolo como un reto encadenado. La mayor parte de las veces el grupo se forma progresivamente a medida que la estancia avanza. Al principio se trata de un colectivo absolutamente heterogéneo (excepto en la edad, aunque a veces incluso en ese extremo) de personas que esperan mucho y están poco dispuestas a dar. El primer reto es hacer comprender a los acampados/as que ese grupo es como un cuerpo en desarrollo, y que su participación es absolutamente indispensable para que el desarrollo sea exitoso. Como es obvio, no son las palabras las que explican estos conceptos, sino la actitud educadora de los responsables, las demandas de respuesta a los problemas que se presentan a diario, la necesidad de adaptar a una realidad objetivable lo que hasta entonces no era más que un proyecto imaginable. Yo soy de los que piensan que el éxito de un buen campamento depende sobre todo de su preparación. Incluso he llegado a afirmar que más de la mitad del campamento es la planificación. Pero no olvidemos que la capacidad de conducción de los procesos por parte del equipo responsable es la otra mitad del éxito. En esto consiste el segundo reto, en conseguir que de una forma natural y sin imposición el grupo se dote de una organización interna que asegure la superación colectiva. Valen los razonamientos, valen argumentos y convicciones, pero no vale obligar, ni amenazar, ni sustituir a los jóvenes en su papel en el grupo. El tercer reto vendría como consecuencia: se trataría de obtener un compromiso tanto individual como colectivo de respeto a la norma que nos hemos dado. Estamos construyendo una sociedad nueva desde abajo, desde el principio. Los procesos naturales deben guiarnos hasta lograr un grupo de jóvenes compacto y comprometido en sus responsabilidades y su crecimiento, su auto educación. El grupo no debe ser la excusa para la disolución de las identidades individuales, sino la suma de esas identidades, el ámbito donde cada cual ocupa su lugar y se siente cómodo ocupándolo.

Trabajo en equipo

La primera estrategia para reconducir la individualidad es el trabajo en equipo. Multitud de realizaciones dependen de una buena distribución del traba-

jo, y generalmente las programaciones suelen incluir elementos de autoaprendizaje de estas técnicas durante los primeros días. Haciéndolo todo entre todos se refuerza al individuo –porque encuentra una posición cómoda de colaboración- y se refuerza al grupo –porque el éxito es debido a la coordinación de tareas. El trabajo en equipo hace que surjan los aspectos más elementales de la personalidad de sus miembros. Dado que es una herramienta que explicita las responsabilidades, aclara el lugar que ocupa cada uno y su grado de implicación. Ante el logro colectivo el líder natural refuerza su papel de coordinador y la persona tímida o insegura dispone de mecanismos para sentir el apoyo del grupo y avanzar hacia el autodomínio y el progreso personal.

Organización

La organización permite que cada cual pueda desarrollar su itinerario de progreso personal de acuerdo con sus posibilidades. Las responsabilidades se explicitan, de manera que los avances y retrocesos son directamente comprobables. Si hay retrocesos, no se trata de culpar a nadie, sino de mejorar la organización. Si se avanza, se debe resaltar el triunfo de todos basado en el papel de cada uno.

Referencias de identidad

De esta manera, el grupo ofrece un manto donde cada joven puede sentirse cobijado siendo él mismo, aportando según sus posibilidades, creciendo según sus retos, comprometiéndose según sus capacidades. El grupo da por superados aspectos que corresponden a etapas anteriores de la vida, como la autogestión, para poner su acento en la co-gestión. El sentido de pertenencia al grupo puede manifestarse, y de hecho muchas veces se manifiesta, mediante la competitividad con respecto a otros grupos. Siempre que esta competencia sea sana y permita el desarrollo equilibrado del individuo puede colaborar en el proceso del crecimiento personal y social. Se debe, por tanto, huir de los conceptos primarios que conducen a algunos/as jóvenes y a los grupos que les dan amparo a autoafirmarse por exclusión. Es decir, que los grupos deben existir por sus cualidades y no por oposición a los demás grupos. Tienen que existir para sí, nunca contra otros. Ello conduce a la marginalidad, a la provocación de conflictos gratuitos, a la estupidez.

El placer de compartir

Se establece entonces una dinámica que genera satisfacción porque la pertenencia al grupo se basa en unas aportaciones que se apoyan en la satisfacción general. Esto acarrea consecuencias como la renuncia voluntaria al individualismo y se adquiere un profundo sentido de colectivo que promueve la participación y la entrega. El grupo tiende a la madurez, y los esfuerzos se centran en mantener esa intensidad de organización que está proporcionando ventajas para todos. El sentido de grupo es el terreno en el que se mueven todas las aportaciones. La colaboración de todos es importante y valorada de forma semejante.

La coeducación

El campamento es asimismo el marco donde se manifiestan hábitos que tienden a mantener una distribución de los roles sociales de acuerdo con el

género de los componentes. La tarea educativa consiste en replantear todo el sistema para llegar a una igualdad de responsabilidades en cuanto al sexo se refiere. Este objetivo básico es muchas veces difícil de explicitar, y en muchos casos no es el rol masculino, que acostumbra a ser más cómodo, el que tiende a conformarse. El educador debe tender a ligar el principio de la igualdad de sexos a la madurez del grupo, considerándolo un éxito más -si se da el caso-, pero también un elemento básico de la organización.

El consenso

La democracia orgánica conduce a veces a la simplificación de los fenómenos y a la destrucción de la participación. Es, por lo tanto, un principio que debe revisarse de cara a la organización de un campamento. Porque en muchas ocasiones la tendencia del joven participante es la de eludir las responsabilidades mediante la delegación. Al fin y al cabo es lo que ha visto a su alrededor. Y todo ello se agrava en el momento en que la toma de decisiones se complica porque exige debate. Muchos participantes huyen del debate porque exige esfuerzos y planteamientos claros: hace falta argumentar, hay que saber ceder, hay que saber reconocer las razones de los demás... La tendencia a tomar decisiones por la vía directa de la votación empobrece la concepción del grupo. Un grupo maduro sabe que las decisiones se toman por consenso, que hay que escuchar todas las opiniones, que hay que respetar a la minoría... Los miembros de un grupo maduro entienden que su progreso depende de los apoyos que saben dar y recibir, de la solidaridad que son capaces de demostrar... La comodidad de cada uno dentro de esa estructura tan ambiciosa depende de cómo se sienta aceptado. Por eso es tan básico evitar la tan recurrente tendencia a solucionar mediante votaciones que niegan el debate las problemáticas que el día a día del campamento genera. El consenso es el valor de la cohesión del grupo. Muchos jóvenes aprecian, en las inmediatas valoraciones que se hacen al finalizar un campamento, pero también con el distanciamiento que proporciona el análisis transcurrido un tiempo, como muy positivos los apoyos que como persona han recibido, no tanto de parte del equipo pedagógico, que cumple con su obligación, sino más bien por parte de sus compañeros de grupo. Algunos chicos/as a los que les ha costado integrarse admiten que las decisiones tomadas por consenso contribuyeron enormemente a conseguir que se considerara parte integrante del grupo constituido. Pero no sólo eso. Algunos aseguran que saben leer con más profundidad la realidad que les rodea, otros que ahora ven las cosas más claras, otros que hay que mojarse más, que hay que intervenir, reivindicar, exigir. Pocos manifiestan abiertamente que han adquirido sentido crítico, pero en el fondo todos saben que han aprendido a mirar las cosas con ojos distintos y a proyectarse hacia los demás.

El éxito de los campamentos como elemento formador de la personalidad se aprecia en tanto que uno comprueba el grado de persuasión que este mundo de aventura planificada tiene sobre los/as jóvenes que los y las empuja a adoptar una actitud participativa y comprometida ante la sociedad. Esta actitud participativa puede centrarse en ofrecer un servicio dentro del mismo ámbito de los campamentos -llegar a ser monitor/a, en definitiva-, pero también en su relación con las estructuras sociales o el tejido asociativo juvenil. Muchos jóvenes han aprendido en los campamentos el respeto a la naturaleza, la importancia de participar en la sociedad, la forma de organizarse, el respeto a las opiniones de los demás, la pertenencia a un colectivo que sabe gobernarse mediante sus propias normas... y se inscriben en aso-

ciaciones juveniles, deportivas, ecologistas, organizaciones no gubernamentales, etc. Naturalmente, todo eso no es exclusivo de los campamentos, y puede aprenderse en la familia, en la calle. A mí me gusta decir que los campamentos son una especie de curso intensivo de civismo. Es un aprendizaje concentrado, inyectado, vivido. Por eso crea adicción. Brinda oportunidades para todos -los/as educadores/as también aprenden- y desarrolla aspectos de la personalidad de forma rápida y definitiva. Participar en un campamento enseña un estilo de vida.

El marco educativo del campamento: construyamos la ciudad

Cuando asistimos a un campamento abandonamos temporalmente un marco de referencia -la familia, nuestra ciudad de procedencia, nuestro barrio- para integrarnos a una nueva entidad, un nuevo barrio, una nueva ciudad. Existen unas infraestructuras básicas que nos permiten no partir de la nada, pero todo lo demás está por hacer:

- El espacio debe organizarse, debe quedar delimitado, hay que repartirlo, distribuirlo, normativizarlo.
- El tiempo debe regularse, cada actividad tiene su momento, su duración, hay que velar por la puntualidad, la simultaneidad.
- Las normas deben elaborarse, hay que prever todas las circunstancias, hay que recordar que todos somos iguales, hay que concretar para facilitar, hay que comprometerse a respetarlas.
- La organización: las tareas deben distribuirse, hay que constituir instituciones, las decisiones deben tomarse en esas instituciones, hay que aceptar el consenso, hay que respetar todas las opiniones, las asambleas...

Como habitantes de la nueva ciudad, debemos sentirnos partícipes de un gran proyecto y participar con nuestro grano de arena. La ciudad que hemos construido nos define, nos representa, nos exige.

Conseguir la civilización, crear la ciudad a nuestra medida, es un juego de lo más estimulante, pero como es lógico, no se trata de una actividad inocente, sino de una actividad apoyada en unos objetivos muy claros que se relacionan con el rumbo hacia la madurez personal. Se establece un juego institucional que hace crecer al grupo mediante fases estructuradas, proceso comúnmente llamado *pedagogía del proyecto*. El proyecto no es un propósito neutro, sino un mecanismo perfectamente estructurado para obtener rendimientos formativos en cada fase:

La pedagogía del proyecto:

1. detectar las necesidades
2. proponer acciones
3. definir los objetivos
4. trazar los contenidos
5. realizar
6. evaluar para rectificar
7. revisar

La participación del educador es indispensable en este desarrollo, y debe ser discreta y positiva, basada en la convivencia continua y próxima, buscando más la empatía que el protagonismo, con una presencia estimuladora e interrogadora, ayudando a integrarse de forma crítica y activa en la sociedad.

Un/a joven llamado monitor/a

Hay distintos elementos que inciden en el gran potencial formativo de los campamentos, pero sin duda el más significativo es el papel del monitor/a.

El/la monitor/a es un joven -y como tal, en proceso continuo de formación- que por su grado de madurez y por su instrucción ha adquirido unas capacidades que, en contacto con otros jóvenes, generalmente menores que él, potencian los recursos educativos. Las motivaciones que empujan a un joven a tomar el camino son múltiples, y de proyecciones distintas, desde los jóvenes que se dejan arrastrar por la inercia del grupo del que forman parte hasta los que asumen el compromiso de intentar mejorar el mundo que nos ha tocado vivir con su aportación modesta pero significativa.

Cualquier persona no es válida para la función de monitor/a, de la misma manera que no cualquier persona sirve para maestro/a, o para sacerdote. Se deben dar unas cualidades básicas que en la mayor parte de las ocasiones pueden adquirirse en contacto con el método de los campamentos, más que en los cursos de formación. Me interesan especialmente esos jóvenes que, afectados por una extraña enfermedad que los empuja a acercarse al mundo del tiempo libre, van descubriendo poco a poco que su papel como formadores en la relación con otros jóvenes es fundamental. Siempre he creído que existe un instinto especial, realmente difícil de explicar, que permite que una persona llegue a ser un buen educador/a. El primer paso, como es lógico, depende de la voluntad y el interés personal, pero la comprensión del papel de monitor/a en toda su complejidad se logra después de una etapa de aprendizaje práctico y muchas horas de vuelo. Para mí siempre ha sido muy interesante asistir a la evolución de los jóvenes que han formado parte de mis equipos, esperando el momento en que sucede el milagro. Horas y horas de psicología, de técnicas de animación, de teorías rebuscadas y a veces alejadas de la realidad no suelen ser el elemento catalizador que empuje al joven a descubrir la magia de su tarea, a sentir sobre la piel el reto de situarse frente al grupo. No quiero parecer esotérico, pero soy consciente de que resulta difícil de entender para los no iniciados. A veces lo simplifico explicando que un buen/a monitor es aquél o aquella que es capaz de estar de vuelta cuando el grupo comienza a caminar. O que puede presumir de saber casi con certeza qué dirá tal componente del grupo cuando toma la palabra, o cómo evolucionará la asamblea. O que es capaz de anticiparse a un problema que se puede intuir. Llegado este momento estamos frente al monitor/a en toda la extensión de la palabra, un ser que como es lógico evolucionará pero que dispondrá ya en su interior de todos los mecanismos que le permitirán ejercer el control sobre su progreso personal.

Ese potencial educativo del joven monitor le viene dado por su proximidad al grupo y sus problemáticas, pero sobretodo por la conciencia que su convivencia con el grupo no es inocente.

La convivencia interesada

En cualquier fase del proceso de configuración del grupo de jóvenes, las circunstancias exigen la participación de todos los miembros para que el grupo

sea dinámico, que avance hacia un objetivo más o menos explícito. Como es lógico, del monitor se espera más que de los demás miembros, pero su intervención, que tiene siempre presente el interés por ofrecer elementos de autoformación para el grupo, obedece a un empeño catalizador de procesos más que a la función de resolución de dificultades. El monitor o la monitora ayuda a centrar el tema, a delimitar los límites del conflicto, a establecer los mecanismos necesarios para que sea el grupo el que se autorregule. Son necesarias, en su bagaje de capacidades, unas dosis de capacidad de análisis del entorno inmediato, que le ayuden a enfocar su intervención en un sentido u otro. Su participación por tanto tiene que parecer una más entre las de todos los miembros, pero cualitativamente nunca debe ser una más, porque en el trasfondo de su actuación está siempre el objetivo inmediato del perfeccionamiento grupal.

Cada circunstancia exige una intervención distinta. Lo más importante, la convivencia continuada y productiva con los demás jóvenes, le dará la seguridad de conocer la dinámica interna del grupo y, por tanto, las expectativas de éxito en el peregrinaje. Pero estamos ante un proceso, y por lo tanto, las tareas concretas de la intervención, las estrategias que potencien la autorregulación y la resolución de los conflictos, variarán no sólo por causa de la fase en que nos hallamos, sino también en relación a otros parámetros, como por ejemplo el grado de conflictividad del contexto, la actividad que se realiza o incluso la parte del día en que nos encontramos.

Siempre con la intención de clarificar y facilitar la comprensión de los elementos que conforman el proceso educativo, me he permitido resumir la intervención educativa del formador en cuatro estrategias:

Enmarcar

Significa situar, dar las coordenadas, explicar dónde nos encontramos, comentar lo que nos disponemos a hacer, clarificar las normas, exponer qué se espera que suceda. En definitiva, poner un marco comprensible para todos a la situación del momento. Estamos enmarcando cuando explicamos las normas de un juego nuevo, estamos enmarcando cuando recordamos las actividades previstas para el día, enmarcamos cuando recordamos las decisiones que el grupo tomó ayer, cuando presentamos algún cambio en la situación, cuando introducimos a alguien en el grupo, cuando señalamos la distribución del trabajo en equipo... Puede parecer una estrategia poco relevante, pero la experiencia nos confirma que muchos problemas pueden derivarse de los errores en el enmarque: juegos que funcionan mal porque las normas no están claras, lesiones derivadas de interpretaciones erróneas de las medidas de seguridad...

Animar

Hay quien confunde animar con provocar jaleo. Gritar más no significa decir cosas más interesantes. Para mí, ésta es la tarea más compleja del educador. Supone proporcionar las condiciones necesarias para que todos los miembros del grupo puedan aportar todo lo que tienen de creativo y de personal. El animador -educador- debe disponer de los medios que permitan que el joven crezca, que el grupo crezca, se desarrolle, construya su personalidad. Como en tantos otros aspectos, el animador convence cuando está convencido, por lo que la mayor parte de las ocasiones se anima al grupo a través de la actitud, serena y responsable, siempre dispuesta y al mismo tiempo

exigente, del monitor. No se trata de que el grupo sea un reflejo de lo que el monitor diga, piense o desee. Se trata de que el grupo se contagie del buen hacer de su animador, de su buen humor, del respeto que muestra por los demás, de la atención que presta a los demás, de la equidad que manifiesta. El animador debe ser capaz de crear un espacio donde comprenderse permita descubrir nuevas experiencias, debe ser capaz de abrir una puerta para que el grupo avance y se dote de una estancia complaciente y acogedora.

Animamos cuando apoyamos a alguien que se encuentra alicaído, animamos cuando propiciamos el diálogo, cuando conseguimos que el tímido se lance, cuando afloran problemas latentes, cuando reconducimos una situación para que resulte enriquecedora, cuando conseguimos que el grupo valore su éxito como un reto para seguir avanzando.

Coordinar

He conocido a jóvenes monitores/as que –como lógica etapa de su vida– manifestaban ante el grupo del cual eran responsables un excesivo protagonismo. Seguramente es el error más básico que todos los que hemos asumido la tarea de educadores hemos cometido en nuestros primeros tiempos. Creo que superar este defecto tiene mucho que ver con ese instinto especial que comentaba antes. Un buen/a monitor/ no se pone ante el grupo para decidir por él, para imponer su criterio, para sentir el placer de mandar. El monitor o monitora capacitado/a sabe conseguir que el grupo se distribuya los roles, que las responsabilidades se asuman, que cada uno sepa en todo momento dónde está y qué espera el grupo de su actuación. Coordinar es repartir medios para que la organización funcione, para que las respuestas mejoren, para que la participación sea automática. A veces es preferible un fracaso, si es que la lección puede llegar a asumirse como elemento generador de motivos educativos, a un éxito rotundo derivado del control excesivo del monitor sobre el grupo, del seguimiento implacable de cada miembro, de la imposición –de nuevo– de una determinada dinámica de funcionamiento que viene dictada por el responsable. Es esencial que el grupo encuentre su camino, ayudado –animado– por el monitor, hasta encontrar su propia organización. La coordinación exigirá entonces el cumplimiento de las responsabilidades, pero siempre de forma amable y abierta, sin culpabilizar ni dramatizar. Es decir: dentro del ámbito de la coordinación, el monitor debe ser capaz de exigir el cumplimiento de las normas que el grupo se ha dado y de las responsabilidades que cada uno ha aceptado, pero nunca debe olvidar que está ante personas que aprenden continuamente de cada circunstancia que viven, que reaccionan sólo ante los estímulos que son capaces de asimilar, que cada uno debe dar hasta donde sea capaz de llegar. Monitores/as demasiado exigentes pueden provocar conflictos que echen abajo los logros anteriores en el proceso de constitución del grupo.

Revisar

Analizar los procesos por los que pasamos en nuestro camino es una actividad altamente educativa. Celebrar los triunfos es conveniente, pero es mucho mejor comprender las claves que nos han llevado hasta la superación, y, sobre todo, valorar el papel que cada uno ha tenido con respecto a ese éxito. Excelentes educadores se encuentran algunas veces algo descontentos ante un éxito claro. Naturalmente, todo puede mejorar, las personas siempre pueden evolucionar mejor, más rápido, más abiertamente. Es tarea del direc-

tor, entonces, ayudar al monitor a que encuentre el término exacto de valoración de su actuación, animarle a relativizar, afrontar la realidad desde un punto de vista menos substancial. Porque los grupos de jóvenes sufren infinitas variaciones, siguen rutas contradictorias, avanzan pero a veces retroceden más de lo avanzado, se rigen por unas normas que raramente son unitarias ni gozan del mismo grado de respeto por parte de todos los miembros del grupo. Revisar debe tener un aire de serenidad, de desdramatización. No se trata de conseguir el efecto contrario, que sería contentarse con lo que hemos alcanzado, negar la posibilidad de haber avanzado un poco más. Se trata más bien de extraer las enseñanzas que las conquistas, por pequeñas que sean, nos han proporcionado, y aprender de los pequeños errores que hayamos podido cometer en un proceso que no tiene nada de sencillo. Más bien al contrario: la complejidad de la evolución de los grupos de jóvenes justifica en la mayoría de los casos las limitaciones del proceso, ese lastre que debemos arrastrar. No en vano los educadores en el tiempo libre navegamos contra corriente: potenciamos el grupo cuando la sociedad nos empuja al individualismo; motivamos el compromiso mientras que la sociedad fomenta el conformismo; promovemos la auto educación cuando el mundo parece tender hacia la deseducación... Revisar es, por tanto, un engranaje importante del sistema, pero sin olvidar que puede ser más educativo un fracaso aleccionador, del cual se desprendan enseñanzas directas, que un éxito irreflexivo que genere prepotencia o soberbia.

El campamento, concluyo, es el marco ideal para una formación personal y humana, por partida doble: ofrece al joven participante los mecanismos adecuados para progresar como persona y al monitor las oportunidades que le permiten situarse en un plano de evolución personal capaz de motivar y condicionar la evolución de la personalidad de otros jóvenes. Se genera, entonces, una situación de retroalimentación, básica y trascendente: el monitor progresa en cuanto que joven y en cuanto que responsable del grupo, pero también, no debemos olvidarlo, gracias al grupo y a las oportunidades que produce. El grupo es el marco donde cada uno desde su situación -también el monitor- recibe ocasiones de crecimiento.

La intervención educativa en la educación formal

He comenzado diciendo que ante las continuas variaciones de los referentes juveniles, yo sigo creyendo que la interacción con los y las jóvenes es básica para su formación. Mi labor de profesor puede hacer suponer que digo esto último con un cierto aire de paternalismo. No confundamos los términos. La juventud es víctima del paternalismo obvio o enmascarado de la sociedad, y reconozco que muchos profesores y maestros no han tomado conciencia de ello e incluso colaboran desinteresadamente en el proceso. No es este el espacio ni el momento de analizar el papel que juega la enseñanza secundaria (por respeto a mí mismo y a los alumnos nunca llamo ESO a la etapa educativa de la primera adolescencia) sino de reflexionar entorno a si es posible aplicar a la enseñanza alguna de las metodologías que la educación no formal nos ofrece.

En la educación formal el tiempo viene absolutamente marcado: tantas horas por asignatura, tantos minutos de recreo, etc. Hemos visto antes que la intervención educativa necesita de la convivencia continuada para obtener progresos. El tiempo de convivencia debe ser suficiente como para poder influir en el ambiente. Pues en la enseñanza ese es el principal inconveniente: no se

dispone de tiempo no regulado para la interacción. Los últimos años las tutorías se han reestructurado y contemplan aspectos que tienden a facilitar procesos de progreso personal, pero depende del centro y de la persona del tutor/a la seriedad de los planteamientos y el interés en realizarlos.

A pesar de estos escollos, creo que la actitud individual del profesor/a puede generar situaciones educativas parecidas a las que se producen en la educación en el tiempo libre: ser autoexigente para poder ser exigente, respetar escrupulosamente para ser respetado, mostrarse comprensivo sin renunciar al nivel de exigencia, etc. Pero sobre todo, saber escuchar, saber leer en las miradas, en los gestos, en las actitudes. Mostrarse siempre dispuesto a resolver problemas, a ayudar en circunstancias que sobrepasen el ámbito escolar. No todos los profesionales de la enseñanza están dispuestos a este esfuerzo, ni tienen tiempo para ello. Pero creo que los afortunados que comprendemos los beneficios de la educación en el tiempo libre tenemos una tendencia natural hacia estos métodos, y los alumnos y alumnas lo perciben y actúan en consecuencia.

En las actividades extraescolares, las convivencias, los viajes de fin de curso, las salidas culturales, etc., el marco referencial es otro. El papel educador del profesor puede verse subrayado o disminuido, dependerá de la actitud que adoptemos. En estas situaciones el tiempo no está estructurado de forma tan meticulosa como en el instituto, y gozamos de un margen de libertad que debemos aprovechar para interactuar en la convivencia con los/as jóvenes. En Cataluña se desarrollan desde hace unos años unas actividades llamadas Créditos de Síntesis. Son estructuras que parten de un tema y consiguen que el contenido de cada área académica gire entorno a ese tema. Se parece, en su planteamiento, a los centros de interés o ejes de animación de los campamentos. Muchos centros han optado por realizar estos créditos fuera del centro, en un albergue con un equipo de monitores especializado. Creo que es una experiencia positiva, sobre todo en el aspecto de la convivencia entre profesor y alumno. Es evidente que el peso de la actividad lo llevan los monitores contratados, pero los profesores no dejan de ser un referente, y dependerá de la actitud de cada uno de los educadores el rendimiento pedagógico que esos días de convivencia puedan procurar. Dejando el aspecto académico a un lado –eso no significa que no se asuma profesionalmente-, los alumnos valoran muy positivamente la oportunidad de convivir con sus profesores fuera del marco siempre estático y cerrado del aula. El joven aprecia mucho esta oportunidad de cambiar el ámbito de relación con los profesores y lo anima a menudo a cruzar esa frontera que los separa habitualmente, busca su apoyo e integración en una estructura menos rígida y más estimulante.

Creo que en estos últimos tiempos el adulto se está convirtiendo en una molestia para los y las jóvenes. No sólo la opinión de los padres no cuenta para nada, sino que la mayoría de los/as jóvenes evitan de forma sistemática el contacto con adultos, procura vivir su propio mundo que ellos suponen opuesto al nuestro. En los entornos urbanos esta situación se acentúa por momentos. En los entornos rurales, por fortuna, el contacto con el adulto es aún práctica natural. He conocido a muchos jóvenes literalmente abandonados por sus progenitores, jóvenes cuyo ámbito de relación se limitaba a unos cuantos colegas que no pueden recibir el nombre de amigos/as. Muchas veces el adulto es considerado un enemigo, y cualquier aproximación es vista con recelo. Algunos padres han desertado de educar a sus hijos en el abecedario del civismo e incluso adoptan actitudes de estupidez humana escon-

diendo realidades que los educadores deberíamos conocer. Para mí esta situación es grave porque los jóvenes en formación, y sobre todo en las primeras etapas de la adolescencia, necesitan un referente próximo y cómplice, una persona adulta u otro joven en una etapa superior de maduración que pueda crear situaciones que contengan aspectos educativos. No hablo de enseñarle a un adolescente lo que está bien o está mal, hablo de convivir con él para que del contacto se desprendan enseñanzas continuas, para que el joven deba responder –y por lo tanto plantearse- algunos porqués, para que los referentes sociales no sean algo lejano e inhóspito. En este sentido, tanto en campamentos como en la enseñanza reglada nos encontramos a veces con problemáticas de difícil solución. Algunos jóvenes llevan años visitando al psicólogo, incluso recibiendo medicación. Podemos encontrar individuos que han desarrollado una capacidad extraordinaria de desempeñar un rol determinado ante el profesional de la psicología, incluso saben perfectamente qué le deben decir para generar expectativas y obtener su propia tranquilidad. No soy quién para dudar de la profesionalidad de los psicólogos, pero he vivido circunstancias que me demuestran que ese camino no acaba de resolver el trance. Hace poco, la inadaptación de un joven al campamento y la provocación continua de conflictos que derivaban en violencia me empujó a departir telefónicamente durante horas con su psicólogo, con el ánimo de comprender y aprender qué rige la vida del educador. Al cabo de poco rato de charlar ya me había dado cuenta de que estábamos hablando de un individuo distinto. El psicólogo me describía unas pautas de comportamiento y reacciones que nada tenían que ver con la actitud adoptada por el joven en cuestión durante los primeros días de la estancia. Pronto nos dimos cuenta de la realidad: el chico había aprendido a decirle al psicólogo lo que éste quería escuchar, por lo que el profesional no lo conocía realmente. Pero eso no es todo: en cinco días de campamento el equipo educativo había convivido con el sujeto muchas más horas que en tres años de tratamiento, y además había podido observarlo en su entorno natural, junto a los jóvenes de su edad, no en un despacho con una mesa por medio. Analizando el expediente del chico, descubrimos que nunca veía a sus padres más de una hora al día, y así venía sucediendo desde hacía años. Que cada cual saque sus conclusiones.

En conclusión, la intervención educativa es esencial. La convivencia entre adulto y joven es indispensable. No para marcar las etapas de su evolución, no para mostrarle cómo es el mundo, sino para ayudarlo a descubrirlo, para apoyarle y exigirle, para vivir juntos –convivir- las situaciones y los problemas de la vida actual. En este sentido, creo que los participantes en campamentos pueden considerarse privilegiados.

BIBLIOGRAFÍA:

- Avellaneda Aurensanz, I. Alonso Moreno, S. Caballero Gonzalez, Angela** (2001) "Algunas ideas para un campamento sostenible: tiempo libre sostenible y responsable: guía didáctica para minimizar el impacto ambiental de nuestras actividades en el entorno natural". Asociación Española de Scouts de España. Madrid.
- Bernal Ruiz, J.A.** (2003). "Organización de Campamentos en la escuela" Wanceulen. Sevilla.
- Corpas, Pedro** (1985) "El campamento"_[Équipe nationale des scouts de France; versión y adaptación española, Pedro Copas... et al.]. El Manglar. Madrid.
- Fichman, Laura, Koestner, Richard. Zuroff, David C.** (1997) "Dependency and distress at summer camp". *Journal of Youth and adolescence.* (2), p. 217-232
- Moré, Toni. Solé, Ramón. Sánchez, José y Miró, Jaume** (1998). "Como preparar y organizar colonias escolares". Paidotribo. Buenos Aires.
- Ventosa, Víctor J.** (1998) "Manual del Monitor de tiempo libre". CCS. Madrid.

